

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripcion en Madrid	Suscripcion en Provincias.	En el extranjero y Ultramar.
Por un mes..... 8 reales	Tres meses..... 26 reales.	Por un año..... 120 reales.
Por tres id..... 20 id..	Por seis idem..... 50 id.	(Franco de porte).

Colocacion en el BANCO DE ECONOMIAS, de un real por mes de suscripcion, para atender a las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 13.

SUMARIO. Caja de Ahorros de EL MADRILEÑO.—Revista de la semana, por V. C. Feijóo.—Adios Madrid.—El que busca halla, por M. H.—El sacristan de mi pueblo, por M. H.—Poesias.—Advertencia.—Anuncios.

CAJA DE AHORROS DE EL MADRILEÑO.

Como teniamos anunciado, desde el 1.º de julio ha empezado esta benéfica Caja a ser el consuelo de nuestros suscritores que tienen la desgracia de caer enfermos.

Dos certificaciones registramos, y las dos han sido atendidas con la solicitud que nos habiamos propuesto al iniciar este pensamiento, pensamiento que lleva en si la doble ventaja de que es enteramente gratuito, y que por ningun motivo cuesta al suscriptor ni un céntimo de real. Este noble desinterés de una Empresa editorial, habla muy alto en favor de los sentimientos benéficos de nuestro pais. ¡Ojalá que tuviera muchos imitadores! Nosotros creemos que los sacrificios de la Empresa en pró de sus suscritores han de ser dignamente recompensados. Decimos mas: creemos que cada céntimo que la Empresa gaste en esas obras de caridad, han de ser granos de oro que el cielo derrame sobre los que atienden al alivio de la humanidad.

Siga la Empresa de *El Madrileño* en esa noble carrera que ha inaugurado, y alcanzará, no solo el agradecimiento de todos sus suscritores, sino las bendiciones del cielo.

El pequeño estado que insertamos al pié de estas lineas revela el cumplimiento que en esta parte ha desplegado, dando las órdenes convenientes para que a los enfermos se asistiese con prontitud, y se les remitiesen los socorros que tiene ofrecidos.

Nosotros aconsejamos privada y públicamente a la Empresa de *El Madrileño* que deje a un lado toda clase de ofertas de otro género, y que se dedique exclusivamente a la Caja de ahorros para casos de enfermedad.

LA REDACCION.

ENFERMOS SOCORRIDOS POR «EL MADRILEÑO.»

PRIMERA SEMANA DE JULIO DE 1863.

Núm. 1.º Certificacion expedida por el licenciado en medicina y cirujia D. Juan José Ranil, en la villa de Arjona (provincia de Jaen) a favor del suscriptor D. José Herrera, presbítero.

Calentura catarral complicada con una inflamacion en el oido.

Dias de enfermedad.—1.º de Julio al 9 inclusive, a 8 rs. 64
Convalecencia—10 de id. al 14 id. a 4 rs. 20

TOTAL..... 84

Núm. 2. Certificacion expedida por el licenciado en medicina y cirujia D. José María Mateos, en Alcalá de Guadaíra (provincia de Sevilla) a favor del suscriptor D. Antonio Oliveiro y Torres, vecino de la misma.

Afeccion reumática muscular en la parte superior derecha y algo esterna del pecho.

Dias de enfermedad.—10 de Julio: no hay aviso de haber entrado en convalecencia, y se da orden al responsable que vaya suministrando los 8 rs. diarios hasta los quince primeros dias, segun el Reglamento. 120

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

La contestacion del gabinete de San Petersburgo a las notas de las tres potencias, debió salir de dicha capital el 15 del corriente mes; de suerte que en la próxima revista podremos dar a nuestros lectores alguna noticia acerca de ella. La prensa toda, lo mismo la extranjera que la nacional, no se ha ocupado de otra cosa durante la semana última, que en hacer la mas desconsoladora y triste descripcion de las crueldades y sacrificios de que Polonia es teatro, y en descarnar por medio de un detenido análisis, las notas diplomáticas enviadas a la corte de Rusia. Esta cuestion, cuando menos, es la que mas generalmente resalta en sus columnas.

Indudablemente, esta y no otra puede ser la actitud de la prensa, lo mismo que la de todo hombre de sentimientos, en presencia de tan inauditos escándalos como los que ofrecen a la faz del mundo los excesos de los moscovitas. Triste, muy triste es ver que despues de tantas y tan justas reclamaciones como se han hecho, despues de tan desesperados gritos como han exhalado tantas conciencias lastimadas, no se haya pensado sino en imponer, en hacer conocer a Alejandro II de un modo enérgico y decisivo, ya que así pretende ignorarlo, cuál es la linea de deberes que la naturaleza y la humanidad imponen a todo hombre, a todo gobierno.

El incremento que las atrocidades de Mourawieff toman en Polonia, las deportaciones de arzobispos, obispos y demas sacerdotes católicos que tan arbitrariamente sigue llevando a cabo, las violaciones que consuma en las personas de indefensas mugeres y débiles ancianos, el hor-

poroso derramamiento de sangre, todo indica que á pesar de las reclamaciones que se han hecho, no se ha pensado en poner coto á semejantes desmanes; y esta misma falta de represión por parte del gobierno ruso, dá á su vez bien claro á entender que Mourawieff al obrar así, no obra solamente cediendo á sus propios instintos, sino que todos sus actos son ejecutados bajo una sanción imperial, bajo el mandato del mismo príncipe. Ahora bien, si esto es así, si esos actos de barbarie son dictados por una orden imperial, por mas que semejante orden proceda de tan alto origen, no puede nunca considerarse como una ley, y por consiguiente, los atentados de Mourawieff en Polonia, lejos de deber ser considerados como la aplicación ó ejecución de una ley, deben considerarse como lo que son, como actos de la mas indisoluble criminalidad.

En vista de esto, en vista tambien de la poca energia que muestran las demas naciones, en sostener incólume la idea del derecho, ¿debemos resignarnos á contemplar mundos é impasibles semejantes abusos, y borrar de nuestro corazon todo sentimiento de generosidad, toda afección de amor y de beneficencia? ¿Debemos creer que no existe ni ha existido nunca en la tierra la idea de la justicia, único vinculo y única garantía de toda sociedad? ¿Debemos renunciar y creer un fraude ó una mentira ese admirable y precioso concepto «Humanidad» que inició Moisés con sus leyes, que realizó el fenicio con su comercio, que el cristianismo fortaleció con sus doctrinas?

En todo pueblo, como en todo individuo, hay un deber, si no legal, moralmente impuesto, de prestar protección y amparo al débil y al indefenso; y este deber alcanza á los pueblos lo mismo que á los individuos; porque un pueblo considerado con relacion á otros pueblos no es mas que un individuo. Así pues, ¿qué no se dirá de un hombre que hallándose presente al acto de intentarse el asesinato de otro hombre ó de un amigo, y pudiendo evitarlo, no lo hizo, y contempló quieto é impasible la perpetración del odioso crimen, hasta las últimas convulsiones de la víctima? ¿No se haría con esto cómplice de semejante atentado? Ciertamente que sí. Pues bien: si esto pasa con los individuos, las naciones ó pueblos que, como antes hemos dicho, no son mas que individuos, miembros de esa gran familia que llamamos humanidad, ¿en qué complicidad no incurren, y qué nota de afrenta no arrojan sobre sí mismas, contemplando con lágrimas de Judas y corazon de hijo el asesinato de Polonia, el sacrificio de una nacion digna, heroica, hospitalaria, caballeresca, y á quien por mas de un concepto son deudas quizá á la paz que disfrutan, quizá á la gloria que alcanzan?

No es, pues, de extrañar, en vista de todo lo dicho, que la prensa, simbolo fiel de la cultura de nuestro siglo, palanca misteriosa de la civilización moderna, y eco del espíritu público, levante su grito hasta las nubes, y sin cesar declame en nombre de Dios, en nombre de la justicia, en nombre de la civilización, contra el despotismo ruso que á tan doloroso estado reduce á aquella desdichada nacion.

Por lo que respecta á la intervención diplomática, creemos que nuestros lectores podrán juzgar cuál es la indecisión de los gabinetes, por la lectura del siguiente despacho, fechado en Londres el 13 del corriente, que dice así:

«Lord Grey ha manifestado en la Cámara que la situación actual de Polonia puede traer consecuencias muy serias. El Parlamento, dice, no debe separarse sin conocer al que piensa el gobierno en esta importante cuestión. Una

guerra en Rusia en favor de la Polonia, sería la mayor calamidad. El noble lord ha leído con viva inquietud los documentos presentados al Parlamento, y teme que Inglaterra sin quererla sea arrastrada á una guerra desastrosa. Pregunta al gobierno qué razones le hacen imponer que el gobierno polaco esté dispuesto á aceptar las proposiciones dirigidas á Rusia por las tres potencias. Duda que el gobierno polaco acepte otra cosa que no sea la independencia completa de su país, y censura la intervención diplomática de Inglaterra, que, animando á los insurrectos, los engaña cruelmente.

El conde Russell contesta á lord Grey que Inglaterra no obra sola en la cuestión polaca. Nosotros marchamos, dice el ministro, en union con Francia, y precisamente debemos consultarla para cada medida ulterior que haya de adoptarse. El ministro está de acuerdo con lord Grey en que no es ocasión de una intervención armada; mas que una intervención de esa especie, en vez de poner término á las calamidades actuales, ocasionaría mas bien otras nuevas. Reconoce, sin embargo, que esta manera de ver las cosas es diferente de como las ven muchas personas en Inglaterra, donde hay quien cree que debía llevarse á Polonia una intervención armada. Tampoco cree que la intervención diplomática ponga término á la guerra; dice que Inglaterra ha hecho cuanto ha podido hacer, enviando una nota al gabinete de San Petersburgo en union de Francia y Austria; pero que no puede ayudar á Polonia con las armas ni fijar un plazo á Rusia para el reconocimiento de la independencia polaca. Si algo se obtiene, dice, será por la fuerza de la razon. El ministro no puede decir cuál será la respuesta de Rusia, ni las medidas que el gobierno inglés adoptará cuando la reciba; pero todo dependerá de la acogida que haga Rusia á nuestras proposiciones.»

Como habrán visto nuestros lectores, el lenguaje del conde Russell puede servir de modelo de lenguaje ministerial por sus reticencias y negaciones. Unas veces se decide el ministro por la paz y contra Rusia, y otras por la guerra y en favor de Polonia. Enemigo de la intervención armada la rechaza hoy, pero se apresura á declararar que no puede prever el porvenir: amigo de Polonia, manifiesta simpatías hacia ella; pero sin dejar por eso de expresar cierto cariño al gabinete de San Petersburgo, hace lo que quiere: lo cierto es, que el ministro ha confesado que en Inglaterra hay muchas personas que opinan que debe tener lugar una intervención armada.»

La expedición francesa en Méjico ha terminado ya su marcha invasora; es decir, que de la noche á la mañana, gracias al desancio de la capital republicana por sus habitantes, los franceses pudieron posesionarse de ella sin disparar un solo tiro, segun últimamente dice el *Morning-Post*, periódico inglés. El gobierno de Juárez se trasladó á San Luis de Potosí, llevándose consigo armas, municiones y dinero. La guarnición, compuesta de 20.000 hombres, se trasladó á Cuernavaca y puntos inmediatos á la ciudad, para hacer, segun el mismo periódico, la guerra de guerrillas. Por vías de ensayo, el general Forey publicó un decreto confiscando la propiedad de todos los que hubieren tomado las armas, ó las tuviesen en contra de los franceses. Si así empezamos la *mediación pacífica*, ¿cómo la concluiremos?....

Segun noticias de Alejandria, la reina de Madagascar ha notificado su advenimiento al emperador Napoleón y á la reina Victoria.

Por noticias posteriores, transmitidas por el cónsul frances Mr. Laborde, parece que el tratado celebrado con Radama será respetado; pero habiéndose declarado nulo el reinado de este último dicho tratado debe recibir, en cuanto á la forma, una nueva sanción.

ADIOS MADRID.

Plaza al verano! plaza al incómodo huésped que todos los años nos repite su larga y angustiosa visita.—Ya llegó julio.—Fuego! Fuego! Aquí del Lozoya.—Agua por Dios! pero no; huyamos! Madrid se abrasa, las calles arden; la primera capital de la monarquía es ya un brasero.—Corramos y librémonos de perecer tostados en la inmensa hoguera.—Ahí queda eso!—Vuelvo! Adios Madrid, que te quedas sin gente!

Y así es en verdad; Madrid se marcha. Madrid lo abandona todo, ha el pelate y huye á todo correr á encontrar alivio en este trance horrible.—La corte está de viaje; y ya en traje de camino no puede prestar su rostro para un retrato.—En su precipitada fuga todo lo arroja, y las ricas fastuosas galas con que se revestia y que eran su mayor encanto, yacen hoy por el suelo abandonadas.—Madrid no tiene hoy atractivos; egoísta como todo aquel que se encuentra amenazado de un inminente peligro, no se cuida ya de ejercer la poderosa seducción con que siempre fascina á sus infinitos adoradores. Rendido de sus triunfos y gastado por los gozes de su precipitada vida pide hoy una tregua, y ofreciendo volver á su acostumbrado despilfarro de placeres, preséntase sin afeites ni aderezos, y al grito de sálvese el que pueda! arrastra en pos de sí á sus contumaces idólatras, que presas de su irresistible influencia, quieren seguirle hasta las fronteras.

Madrid, creedme lectores míos, Madrid no está en casa. Corre en compañía de su confuso y abigarrado séquito, é impulsado por la irresistible fuerza de cien locomotoras, en busca de vigor nuevo, á encontrar otro clima mejor y dias mejores en las alegres playas del Mediterráneo ó en las plútorrescas y magníficas orillas del indómito Océano.

Adios Madrid, adios: nosotros cuidaremos tu abandonado domicilio, revolviéndonos tristes y desconsolados en este inmenso recinto, hoy tan solo visitado por curiosos forasteros, que enemigos de la etiqueta, llegan en ausencia del dueño de la casa á discurrir acerca de las ventajas é inconvenientes que ofrece á su imaginación asombradiza la muy noble, muy feal y muy heroica, imperial y coronada villa de Madrid.

Aquí nosotros, sin abandonarla un instante, nos reservamos cumplir con el grato deber de hablaros, ingratos tráfugas, que en vuestra huida tanto os llevasteis, de lo que resta aun como recuerdo de lo que no há mucho constituía vuestra vida entera.

Los teatros, como sabéis, cerraron ya sus puertas, pues el Madrid que ha menester del agua para purificar su ardiente condicion, llevase tras de sí á todos los artistas.—Estos hijos privilegiados del genio no han querido entender vuestro desvío y os han seguido constantes, agradecidos á vuestros favores, que juzgaron serian eternos.—Vosotros estimareis sin duda este rasgo de adhesión en lo que vale, y adonde quiera que los halléis sabreis recompensarlo.

Sin teatros ya, sin templos para el arte, las noches del Madrid inamovible, del Madrid desheredado de la moda, son monótonas y graves hasta el fastidio.—En medio de esa atonía moral que produce la absoluta falta de pasto para la inteligencia, los sentidos se enervan en fuerza del cansancio que produce el violento ejercicio en que se hallan.

Por eso los toros, los círcos, los bailes y las salvas de pólvora que constituyen hoy el elemento completo de todo

nuestro solaz, no bastan ni con mucho á mantener viva la envidiable alegría de que goza el alma cuando se alimenta á la par que los sentidos, con los gozes que á ella tan solo es dado comprender y apreciar.—Por eso hoy, repetimos, gracias á lo material de esta existencia reglamentada que arrastramos, los paseos públicos, aunque concurridos, carecen de animación y vida, la conversacion se estingue, el ocio se retrata tristemente en los semblantes, y el Prado presenta el espectáculo de un duelo al aire libre. El Madrid que se queda, llorando por el que se vá.—Cuándo es la marcha? pregunta un individuo.—El 15, responde otro.—Ay! suspiran ciento que lo escuchan.—Nadie quiere permanecer aquí; todos se complacen en anunciar que se van. Egoístas!

Cómo ha de ser! resignémonos y procuremos escitar vuestro deseo anunciando las fiestas que se nos preparan.—Fiestas, que si no son mejores, al fin y al cabo fiestas han de ser.

En el círculo de Price los elefantes dejarán lugar, y vaya si pueden dejarlo espacioso los tales animalitos, á un nuevo espectáculo, que como todos los que anuncia el ex-gimnasta empresario, será maravilloso, lo primero en su clase, lo superior á lo primero, lo sublime de lo superior, lo babilónico de lo sublime.—Qué me se yo!

Habéis de saber que de un día á otro ascenderá madama Bellevan por un alambre hasta perderse de vista, y luego, una vez en la cúspide, mentirá prodigios de habilidad que por lo tanto tienen que ser increíbles.—¿Qué tal?—No es nada todo ello? Desengañaos, el porvenir es nuestro en el círculo de Price.

Allí, donde un niño, el famoso Georgeo Dallevantine despierta el asombro general, espontiendo diariamente su existencia, que fia á la rara habilidad que todos le reconocen, una vez colocado sobre el caballo, donde repite sin descanso y con la sonrisa en los labios, ese arriesgado ejercicio que para comprender lo que es, basta decir que se denomina y distingue de los demas con el poco halagüeño calificativo de *Salto Mortal*.

También en el llamado del *Príncipe Alfonso*, con mas franqueza por cierto de la que pudiera permitirse, parece que se dispone la salida de Mr. Leotard, gimnasta célebre que ha conseguido despues de varias y mayúsculas contusiones y fracturas, llegar al apogeo del arte. Hay hasta quien dice que cuando no corre vuela.

En el mismo local, que segun las señas debe convertirse andando el tiempo, en otra arca de Noé, parece que en breve tendrán el honor de presentarse ocho leones y alguno que otro oso (esto sí es seguro) que lucirán su fraternal union las envidiables gracias que les atribuyen y que serán la delicia, á no dudarlo, del público inteligente.

Ya tenemos pues, tres acontecimientos en incubacion, que cualquiera de los tres vale como todos juntos.—Cierto es que por lo que hace al círculo del Príncipe Alfonso pierde mucho el anuncio de tanto prodigio; pues es el caso que el edificio no se presta gran cosa á suavizar los rigores de la estación, y el público huye de él como huiría de las calderas de Pero Botero. Mas ¿qué importa? en el de Price hallaremos ocasion de mitigar el calor, y allí á mayor abundamiento la compañía toda es mejor y los clowns sobre todo son infinitables. Allí iremos, y en los entreactos, ó cuando la monotonía de la fiesta nos produzca fastidio pasaremos al delicioso jardín que contiguo al local del círculo ha improvisado la incansable solitud de Price, y que

constituye uno de los mas amenos sitios de recreo que jamas se han puesto á disposicion del público.

Poseemos por lo tanto si no es errada la cuenta, dos circos y un jardín: añadamos ahora los no menos agradables, titulados el *Eliseo Madrileño* y *El Paraíso*, y ya son cinco los sitios en que podemos olvidar las penas que la ausencia de Madrid nos produce.

A todos asistiremos; á todos sin distincion, y de todo en tanto en ellos acontezca, asi como de lo que sepamos ó adivinemos fuera, hemos de daros noticias detalladas.

¡Quiera Dios que la envidia acelere vuestro regreso!

EL QUE BUSCA HALLA.

Cuando yo era niño vivia en un pueblo muy pequeño, donde, sin embargo, oia hablar con mucha frecuencia del gobierno, unas veces bien y otras mal, unas con severidad y otras con indulgencia.

—*El gobierno entra en una via fatal*, decia un descontento.

—*El gobierno acudirá siempre á la mayor necesidad*, decia un optimista.

—*El gobierno no puede hacerlo todo á la vez*, decia un tolerante...

Al escuchar apreciaciones tan diversas, hasta llegó el caso de figurarme si el gobierno era un muchacho travieso, como algunos de los de la escuela, que unas veces merecian azotes y otras premios...

Pensando en esto, oia decir á otro:—*Que el gobierno estaba dispuesto á declarar la guerra;—que el gobierno estaba resuelto á destruir las facciones;—que el gobierno tenia á su disposicion muchos millones...* y entonces comprendia que me habia equivocado al comparar al gobierno con un colegial travieso, y que por el contrario se trataba de una alta y soberana potencia.... Y crecia mi curiosidad, y me hacia perder el sueño el deseo de conocer de cerca al gobierno que yo no me sabia explicar.

—*Maria*, le dije un dia á la vieja sirvienta que me habia criado, ¿sabes tú quién es el que gobierna?

—*Vaya si lo sé*, me contestó rascándose la frente, ya lo creo que lo sé; como que lo conocí bien cuando prendieron á mi Pascual...

—¿Y qué tal facha tiene?

—*Está picado de las viruelas*, y tiene una pata mala, tanto que cojea un poco.

—¿Y cómo se llama?

—*¡Toma!* se llama el alcalde; es aquel que gasta sombrero ancho, que dicen que tiene muy mal genio, y que hasta á su mujer... algunas veces...

Se me habia olvidado decir que mi buena madre se habia retirado á vivir á aquel pueblo por un espíritu de necesaria economía, y que esperaba una pension que tenia solicitada como viuda de un oficial subalterno valiente, que habia muerto en el campo de batalla. Los meses y los años pasaban, y la pension no venia...

—Y no es extraño, decia mi madre con voz dulce y melancólica; nadie se interesa por mí ni me recomienda al gobierno.

Yo pensé entonces que las súplicas de un niño son muchas veces tan bien acogidas por los hombres como por Dios; y que desde que Benjamin conmovió á José, representación del gobierno de Egipto, siempre son los mas jóvenes los que proporcionan la felicidad á las familias.

Reflexionando sobre esto me dirigí á casa del alcalde. Me encontré á este gobierno en mangas de camisa, rojo como una guinda, refunfuando y con los cabellos en desorden, y pensé que habia elegido un momento fatal, porque quizás el gobierno estaria entonces en el asunto de aniquilar las facciones...

No era eso: estaba furioso con los albañiles que trabajaban en su casa porque no habian arreglado el gallinero á su gusto; y al que menos lo amenazaba con despellejarlo á palos. En medio de sus exclamaciones me apercibí en un rincón del patio intimidado fuertemente por su grandeza.

—¿Qué buscas tú aquí, renacuajo? me dijo entonces.

—Vengo á pedir á Vd. una cosa, señor.

—Pues di qué quieres.

—Quiero... que á mi madre se le conceda su pension.

—Yo no tengo nada que ver en eso, muchacho.

—¿Pues quién es el que tiene que ver en eso?

—Eso es cosa de allá arriba, del ministerio de la guerra, por lo menos.

—¿Y donde está esa cosa de la guerra, señor?

—¿Has leído alguna vez el evangelio?

—Si señor.

—Pues bien, hay allí una frase que responde á tu pregunta.

—¿Y cuál es?

—*Busca y encontrarás*.

Me marché pensativo, considerando que el gobierno tenia como los fenómenos antidiluvianos adivinados por Couvier, muchas cabezas...

Aun cuando estábamos en vacaciones, entré en la escuela por costumbre, y para pedir noticias al maestro... Lo encontré en calzoncillos.

—¡Ah! ven, me dijo desde lejos; ven que tengo que tirarte de las orejas por haber hecho *rabona* el último dia de clase. ¿A dónde vas?

—Voy en busca del gobierno.

—Tu gobierno soy yo.

—¿De verás?

—Soy el que representa la instruccion pública. Cuéntame tus cuitas mientras que le coso un botón á estos pantalones.

Yo me manifesté asombrado.

—*Pobreza no es vileza*, me dijo usando un proverbio favorito, como usa una vieja coqueta un color que cree que le sienta bien.

—Pues entonces, le dije yo, ¿cómo ha de ser V. gobierno?

—Es que aun cuando soy gobierno no pertenezco á la Hacienda.

—¿Y quién representa la Hacienda?

—El administrador recaudador de contribuciones.

—De modo es que hay muchos gobiernos.

—Sucede como con la divinidad: hay un solo gobierno en diversas personas.

—¿Y cuál es la persona que puede conceder la pension de mi madre?

—Todos y ninguno. Mira, añadió señalando desde la ventana, pero sin dejar la aguja; ahí va otra fraccion del gobierno que puede enterarte mejor que yo.

Sali á la calle y me encontré con un sobrestante de carreteras, el que apenas empecé á hablarle de mi asunto: me hizo un gesto y me volvió las espaldas.

En aquel momento pasaba un hombre de buena figura, vestido de negro y de aspecto magestuoso.

—¿Por quién preguntas, niño? me dijo.

—Por el gobierno, señor.

—¿Y para qué lo quieres?

—Para pedirle justicia.

—Si se trata de justicia aquí estoy yo... Levanta la mano, y di la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad.

Sin saberlo había tropezado con el juez de primera instancia del partido, que escuchó mi demanda, y me dijo sin querer detenerse:—Thémis no tiene nada que ver en este asunto. El oro no corre por la mano del juez.... Para que tu madre pueda conseguir su pensión es necesario contar con el departamento de la guerra para acreditar los buenos servicios y con el de la policía para acreditar las buenas costumbres, y con el de hacienda para que le paguen.

—¡La guerra! exclamé yo suspirando; ¿y dónde voy yo á encontrar la guerra en un pueblo en que apenas hay una pendencia al cabo del año?

—El departamento de la guerra, dijo el magistrado alejándose, está allá, en lo alto.

En una casa alta de aquella misma calle vivía el celador de policía, y al momento creí que el juez se refería á él. Entré y me detuve á escuchar lo que se hablaba. La mujer de aquel gobierno regañaba á su marido porque le había echado demasiado maíz á los pollos; el marido se escusaba humildemente.... — cuando me vió me preguntó ¿qué quería?

—Ver al gobierno de la guerra, le dije yo.

—Aquí nunca hay guerra, dijo la mujer; mi marido no tiene guerra más que con los que alteran el orden público y con los ladrones. ¿Para qué querías tú eso de la guerra?

—Para ver si se podía despachar la pensión de mi madre.

—Pues acá no entendemos de eso, hijo. Mira, yo creo que el que mas bien puede representar aquí la guerra es el guarda-montes, que es el que anda siempre armado de escopetas y pistolas.

—Pues al guarda me voy.... Dije y me lancé por el campo en busca de aquella otra persona que representaba al gobierno. Estaba celando una propiedad, y al verme entrar en ella, me intimó para que le presentase la licencia ó me retirase, porque de lo contrario iba á hacer fuego. Al ver que me apuntaba con la escopeta, di un grito de espanto.

—Cálmate, dijo á mi espalda una voz dulce y amistosa; ese buen hombre solo quiere asustarte, pero de ningún modo hacerte daño.

Era el cura del pueblo, viejo virtuoso varón, que pasaba una vida pacífica, tranquila y feliz.

—Si tú buscas al gobierno, me dijo despues, yo soy una modesta fracción de él, y aquí estoy dispuesto á servirte.

—Señor cura, yo pido la pensión de mi madre.

—Niño, me dijo entonces haciéndome entrar en el presbiterio; no es aquí donde podrás encontrar protectores influyentes que te ayuden en tu piedad filial, los subalternos que aquí estamos de nada podemos servir, porque eso lo deciden en la capital de la monarquía los ministros de la Corona.

—¡Ah! exclamé yo asustado.

—Y aun esos grandes dependen de la voluntad del soberano, cuyo busto ves en las monedas.

—Pues entonces nada puedo hacer en favor de mi pobre madre, dije yo sollozando.

—Si, puedes dirigirte á otro mas alto aun, que es mas poderoso que todos esos y que lo mismo se encuentra en los palacios que en las cabañas.

Y me señaló una imagen del Crucificado... ante la cual caí de rodillas...

Orando estaba todavía cuando llegó á la ventana otra pequeña fracción del gobierno, el cartero, y me llamó, y me entregó un pliego cerrado con un gran sello rojo.... Era la concesión de la pensión solicitada por mi pobre madre.

El buen cura me felicitó y me dijo que tuviera presente que hay un poder soberano que nunca se olvida de los que sufren, y al cual se debe acudir siempre en nuestras tribulaciones.

Y desde entonces siempre que oigo nombrar al gobierno me acuerdo de mis investigaciones, de la pensión de mi madre y de ese poder supremo que está sobre todo los poderes de la tierra.

M. H.

EL SACRISTAN DE MI PUEBLO.

¿Se acuerdan Vds. del *Sacristan de mi pueblo?*.... Bien es verdad que es muy posible que ninguno de Vds. lo haya conocido, y en este caso es mas que probable que ninguno tampoco se acuerde de él. Para *por si acaso* tendré el gusto de presentárselo hoy, y con eso, en lo sucesivo, no podrán alegar la misma ignorancia.

El sacristan de mi pueblo no era precisamente UN sacristan; ó para espresarme mejor, era algo mas que un sacristan cualquiera; era EL sacristan, y de mi pueblo por añadidura. Y aun cuando así, á primera vista y de pronto, parezca que no debería haber gran diferencia entre estas dos *calificaciones*, existe tanta, que si á cualquiera de los vecinos de mi pueblo se le hablara de un sacristan, de seguro no caerían en quién era, y al momento sabrán á quién pueden referirse cuando se les hable de EL sacristan de mi pueblo.

En este y en muchos otros por el mismo estilo solo hay un cura, un sacristan, un monaguillo, un médico, un boticario, un albéitar, un zapatero, un panadero y un enterador; y todos ellos tienen el nombre de su profesión por nombre propio, y se les designa con el artículo *el* de un modo que parece que excluye la idea de los demás de su especie. Pero como existen otros en otros pueblos, los que *viajan* han tomado la costumbre de añadir la coletilla *de mi pueblo*; y esta es la razón que yo, que he viajado, tengo para llamar á mi sacristan *el Sacristan de mi pueblo*.

Esta aclaración la he hecho para convencer á Vds. de que *el Sacristan de mi pueblo* no era un sacristan, sino *el sacristan*, y ya que están Vds. enterados, continuemos la presentación.

El sacristan de mi pueblo no siempre habia sido sacristan. Allá en sus primeros tiempos llegó á ser *arriero* ó conductor desde el pueblo á la ciudad, que distaba seis leguas, y se le habia considerado entonces como capitalista y contribuyente.

Su capital en aquellos primeros tiempos, felices y dichosos, habia sido representado por un mulo cojo, un burro sarnoso, un caballo ciego que habia sido del médico, despues de haber servido en las diligencias generales y en un coche de alquiler de la ciudad, y un perro de casta indefinible, que lo acompañaba constantemente. Entonces no se llamaba todavía el sacristan; su nombre era el de *tío Camándulas*; y no sé, porque ya no era cosa que pertenecía á mis tiempos, si ese nombre lo conquistó con alguna hazaña, ó si lo heredó de sus ascendientes. Se conoce que este nombre era un apodo; pero en mi pueblo, como en todos los de su clase, los únicos y verdaderos nombres son los apodos. Los nombres de pila son secretos que jamás salen del archivo de la parroquia. Muchos adquieren esos apodos por un hecho especial; otros, y son los mas, los heredan, y tienen siempre particular cuidado de justificarlos ó no desmentirlos.

Yo traté de averiguar cuál era el origen del que tuvo el sacristan, cuando era arriero, y no pude conseguirlo. Me

contaron algunas anécdotas que justificaban el apodo; pero no sé si ellas sirvieron de fundamento para el nombre, ó si el nombre impulsó al héroe para aquellas... Entre todas recuerdo una que hubiera bastado por sí sola para fundar el apodo de *Camándulas*. Era el tiempo en que pudo reunir su capital para dedicarse al ejercicio de arriero, y llegó el día en que había de hacer el primer viaje.—La víspera se le llenó la casa de gente para encargarle compras de todas clases que había de hacer en la ciudad. El tío Camándulas quiso acreditarse para el porvenir, y se esmeró en dichas compras, á fin de contentar á los parroquianos.—Sucedió que la mayor parte de ellos no le habían entregado el importe adelantado, ni lo tenían atrasado, cuando el tío Camándulas volvió con los encargos, se vió, y se desahogó para reintegrarse, perdiendo por último algunas sumas.—El pobre hombre ajustó cuentas consigo mismo, y previó que si había de seguir así, maldito lo que le convenia el oficio, y por lo tanto trató de arreglarse de modo que no le volviera á suceder otra igual. Era necesario al mismo tiempo manejarse de manera que no hiriera la susceptibilidad de los habitantes del pueblo, á quienes le convenia tener contentos. Llegó la época del segundo viaje, y la víspera se le llenó también la casa de gente con encargos para la ciudad. El tío Camándulas les dijo que trajera cada uno una tira de papel con el encargo apuntado á fin de que él no olvidara ninguno. Así lo hicieron, y les mandó que los dejaran sobre la mesa; solamente dos mujeres, la tía Pelona, y la tía Zancasos, trajeron el dinero, la primera para comprar un pito y la segunda para un par de habuchas, y á ambas les dijo que tuviesen cuidado de colocar el dinero encima de sus respectivas notas. Después, antes de acostarse, agarró el sombrero, que era de anchas alas, de esos que lo mismo sirven contra el sol que contra el agua, y aventó con fuerza sobre la mesa; resultando que todos los papeles salieron volando, excepto los que tenían el dinero encima. Recogió estos, los plegó y guardándoselos, dijo: tú, tía Pelona, tendrás pito; y tú, Zancasos, tendrás habuchas.

Así siguió haciendo todos los viajes, y ya se fueron acostumbrando en el pueblo á no hacerle encargo alguno, sin acompañar á la nota el dinero; y hasta llegó á pasturarse el paso que llevaban las notas, sin dinero, imputadas por el viento del sombrero del tío Camándulas; y cuando alguna vecina anunciaba que iba á estrenar alguna gala, y tardaba en lucirla, la preguntaban las otras con burla si la había aventado el sombrero del tío Camándulas...

A pesar de todas las suyas, el tío Camándulas se quedó sin capital. El mulo cojo murió de un cólico de hambre, el burro sarnoso se lo embargaron una vez para conducir los bagajes de unos soldados y lo trataron de tal manera en la travesía, que no concluyó la jornada; el caballo ciego lo perdió en una requisición que hicieron en aquellos días para habilitar un escuadrón que había de perseguir á la entonces rebelde facción de Pávilos. Le quedó solo el perro; pero parece que no pudo conseguir que supliera la falta de los otros tres, y en tal estado pensó dejar *las cosas de este mundo* y retirarse á la iglesia. La plaza de sacristán se hallaba vacante á la sazón, porque el que la tenía había ascendido á alguacil del ayuntamiento, y el tío Camándulas la solicitó y la obtuvo, mediante el sacrificio de su nombre.

He querido relatar estos antecedentes históricos del sacristán de mi pueblo, porque á pesar de haber perdido el nombre con su anejo empleo, tenía algunas reminiscencias de Camándulas. Yo, como todos los chicos de mi edad, no me separaba de la iglesia en los ratos que no estaba en la escuela, y me daba tan buenas trazas para ayudar á misa y para repicar y para otras cosas por el estilo, que me capté la voluntad del sacristán de mi pueblo, el cual me guardaba todas las cuentas de las hostias y las escrituras de las viñeras. Después, andando el tiempo, llegué á hacerme un hombrecillo, y entonces ya me manifestaba su afecto el sacristán, dándome consejos y avisos, que se resentían en el fondo del apodo que llevaba cuando era arriero. Algunas veces se entretenía hablándome de sus esperanzas, porque á pesar de ser bastante viejo, aun

pensaba el pobre en el porvenir; y en estos momentos de expansión, fué cuando me confió que tenía barruntos de que un año ó otro, lo elegirían alcalde del pueblo. De este modo, decía, si alguna vez llegó á reunir otro capitalito como el que perdí, no me lo destruirán en el servicio de bagajes ni en las requisiciones.

Por supuesto que el desdichado dejó de vivir sin ver cumplidas sus esperanzas. Murió siendo sacristán, y en los últimos días de su vida no hablaba de otra cosa más que del chasco que se había llevado en las elecciones del ayuntamiento. No creas nunca en la verdad de los votos populares, me decía; los pueblos jamás pueden expresar su voluntad de una manera cierta: unas veces son impulsados por la tiranía del que manda; otras son arrastrados por el engaño de los aduladores, y otras obran dirigidos por el miedo que les causan los excesos y las amenazas de los pícaros. No te fies, pues, te repito, de la expresión popular; jamás revela los verdaderos deseos ni los sentimientos de las masas. Para que eso llegara á ser una verdad de firmes resultados, era necesario que antes se educase y se enseñase al pueblo de otro modo; es peor el remedio que la anterior enfermedad.

Murió al fin á vueltas con esta manía; yo le lloré y lo recordé por algún tiempo, pasado el cual llegué á olvidarlo casi completamente.

Algunos años después, cuando he oído hablar de los diversos sistemas de gobierno, me he solido acordar del sacristán de mi pueblo; pero casi siempre para reflexionar en si sus últimas palabras fueron dictadas por el delirio. Sin embargo, por aquello de que *los niños y los locos dicen las verdades*, he pensado algunas veces en que quizás no andaría muy descaminado el sacristán; pero pronto me ha pasado este pensamiento y entusiasmado con las ideas de progreso he vuelto á creer que mi sacristán deliraba.

Con todo, es necesario reflexionar con cierta madurez sobre ello, teniendo en cuenta los resultados que ofrece la institución que el sacristán quería desacreditar. Yo he visto hasta en los países en que los ciudadanos están criados y educados para las instituciones libres, falsearse el principio fundamental de esas mismas instituciones hasta el punto de llegar á hacerse dueños de los campos electorales, los que atropellan, hieren y asesinan; pero he observado que estos excesos son hijos de abusos fáciles de evitar fundados casi todos en la importancia inmerecida que se concede á ciertos entes; y sobre todo, que lo ocasiona la ignorancia del pueblo á quien se debía educar antes de concederles derechos, cuyo uso no conocen... Hágase esto, por Dios, y sobre todo desentumascárese siempre á los fanfantes á fin de no vernos obligados á confesar que tenía razón el Sacristán de mi pueblo.

M. H.

¡QUEJAS DEL ALMA!

I.

Roto ya el lazo que me unió á la vida
Sin fe ni amor, al encontrarse sola,
Mi alma triste de su bien perdido
El recuerdo cruel do quier evoca.
Que el hombre siempre, por desgracia suya
Cuando su vista á lo pasado torna
No contempla el dolor y el sufrimiento.
Que en su gran parte su pasado forma,
Sino, mirando de la dicha el prisma
Que se mostraba entonces de oro y rosa,
Ve con angustia disipar en breve
Esos colores, que el presente borra.

Así, siguiendo tan fatal impulso
Del pasado las dichas busco ahora,
Aunque al bu-carlas el pesar me ahume

Y aunque la hiel mi corazón corrompa,
Que ya oigo al alma, que angustiada gime,
Y dentro de mí ser se agita y llora.

II.

Un tiempo... de mi vida en los umbrales
Tendi la vista por la esfera toda,
Y vi, que me mostraban un camino
Matizado de quier de frescas rosas.
Sentí el ambiente que, exhalaba puro
Perfumando mi sien su rico aroma,
Y la brisa aspiré, que blandamente
Mecía de los árboles las hojas.
En los rayos del sol vivificante
Bebí la inspiración, y en la corola
De entreabiertos capullos fui libando
Como liba en la flor la mariposa.
En sueños via entusiasmado el mundo
Girar en paz, sin luchas ni zozobra,
Que apenas mi alma pura comprendía
Ese vil torbellino que le acosa
De pasiones, de pérfidos engaños,
De ruin mentira y de falaz lisonja.

III.

¡Ah! ¿por qué? ¿por qué el velo misterioso
De la ilusión, como antes ya no roba
Esas escenas que soñé tan puras,
Esas mujeres que soñé tan otras?
¿Por qué en mi corazón el germen puro
De puro amor, porque sentido brota,
Trataron de borrar? ¿por qué tan solo
La realidad ante mis ojos torna?
¿Por qué de esas fantásticas quimeras
Que mi alma buscaba siempre ansiosa
De emoción y placer la imagen bella
Veo á despecho para siempre rota?

¿Por qué quimeras son...! porque buscaba
De fugaz ilusión sólida forma,
Que al quererla tocar... ¡se fué cual humo
Que en el espacio por momentos flota!
¿Por qué la voz de la razón no escucha
Y á su pesar la evita?
¿Por qué insano, se lanza en el abismo
Hastiado tal vez, sin fé en sí mismo?
¡Ah! que la inteligencia se degrada
Y la materia impura,
El alma entonces permanece aislada,
Y veis la criatura
Su espíritu de amor, de dicha lleno,
¡Y arrastrando su cuerpo por el cieno!
Mas... buscad solución á ese problema...
No es difícil hallarla;
Salvad la humanidad. Este es el lema:
¡Unirla y educarla!
Educad la materia, y juntamente
Hablad al alma é ilustrad la mente.
Iniciad esa vida que procrea
Sublimes emociones,
¡Esa vida del alma que se crea!
Divinas gradaciones
Que del éstasis llegan al extremo,
En que se vé y se ama al Ser Supremo!

¡Amar! hé ahí el todo, ley sublime
Que infunde el sentimiento;
Que la virtud, el heroísmo imprime
Que eleva el pensamiento,
Y en la lucha ideal busca la palma
¡Los goces puros á que aspira el alma!
¡Dejadle al hombre amar, dejad que sienta
Un tanto de idealismo!
¿No veis la humanidad? ¿no veis que ostenta
Estúpido egoísmo?
Educadla, educadla con fé ciega,
Y asociadla á la par, que el triunfo llega:
Unificad la sociedad; no exista
Esa lucha inhumana;
Unid la caridad que es socialista,
La caridad cristiana;
Que de las dos un tanto se tolere
Y una radiante en nuestro globo impere.
Jesucristo arrojó santa semilla
Para el linaje humano;
Sócrates se llamó con fé sencilla
Del mundo ciudadano;
¡Mártir aquel de la verdad que crea
Cual el pagano de su pronta idea!
Hasta la aparición de esas verdades
Del crimen las cadenas
Ceñían á los pueblos y ciudades;
Esparta, Roma, Atenas
Tenían mil esclavos que inmolvaban
Y á su gusto y placer sacrificaban.
Después... esas mil luchas fratricidas
De proporciones bastas;
Guerras, por los mil odios sostenidas
De razas y de castas. E. C.

ADVERTENCIAS.

El sorteo de los treinta regalos pertenecientes al presente mes, no puede tener lugar, en atención á no alcanzar los números que se sortean á los que tenemos repartidos. Avisaremos cuando ha de verificarse.

El que corresponde á Agosto se verificará el 18, y en el mismo día los extraordinarios que se suspendieron por la causa ya espresada á los corresponsales y en los números anteriores de EL MADRILEÑO.

Los señores suscritores á quienes ha vencido la suscripción en el presente trimestre y semestre, se servirán renovarla, si no quieren experimentar retraso en la percepción del periódico y demás ventajas que ofrece esta publicación.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTE ESTABLECIMIENTO, Y SE REMITEN AL QUE LAS PIDA.

LA COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos.	50 rs.
REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Veuillot, traducido por Vildosola.	8
PLATICAS acerca de las principales doctrinas prácticas de la iglesia católica, por el cardenal Wiseman.	40
EL ORADOR SAGRADO. Meditaciones para el mes de mayo y varios sermones: un tomo.	10
CARTILLA MÉTRICO-DECIMAL, por Gordillo, con tablas de reduccion.	12

AÑO VIRGINEO, completo, cuyos días son finezas de la gran reina del cielo Maria Santísima, añádate trescientos sesenta y seis ejemplos, por el resbitero Dolz de Castelar.	80
LA ESCUELA DE LOS MILAGROS, homilias sobre las principales obras del poder y de la gracia de Jesucristo hijo de Dios, por el R. P. D. Joaquín Ventura Ráulica, un tomo grueso.	20
HISTORIA DE S. VICENTE FERRER, por el M. R. P. fray Serafín Tomás Miguel.	24

Propietario y editor responsable,
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15. bajo.

EXEQUIAS DE JULIO CÉSAR.

Así se titula por tradicion este cuadro, pintado por Juan Lanfranco, en medio del cual se levanta una gran pira formada de maderos de cedro; encima de ella y sobre un rico cobertor tejido de amianto, está colocado el cadáver de César, armado, vestido y recostada la cabeza sobre un almohadon. En primer término se ven cuatro gladiadores desnudos combatiendo con espadas, dos luchando y otros dos muertos en el suelo. Varios sacerdotes con hachas encendidas ponen fuego a la pira, la cual está rodeada de multitud de pueblo que asiste a la ceremonia. La composicion del cuadro es magestuosa y el pincel valiente correspondiendo a su gran mérito la estampa que de él se ha hecho, grabada á costa de la Imprenta Nacional, con toque franca degradacion entendida y pureza de buril, por D. Blas Ametller, grabador de Cámara de S. M. y Director en su arte de la Nacional Academia de San Fernando.

Este precioso grabado que cuesta 120 rs., le ha reproducido á la Fotografía el acreditado fotógrafo Sr. Morales y Diaz, en un cuadro de once pulgadas, cuyo precio para nuestros suscritores es el de 8 rs. vn., y para los no suscritores—12 rs. vn.

Recomendamos á nuestros suscritores la adquisicion de esta fotografia, seguros que nos lo han de agradecer.

COMPANIA GRANDE PARA TODOS LOS SORTEOS.

Los que deseen interesarse en la compania que sostenemos para todos los sorteos pueden dirigir el importe á razon de 45 rs. la accion; 23 la media y 12 el cuarto.—Los números que se juegan irán en los recibos de pago.

LA PERLA DE RAFAEL.

Obra maestra de Rafael de Urbino, admirable por la belleza de la composicion, espresion animada de las figuras, suma correccion de dibujo y maravilloso efecto, sacada á la FOTOGRAFIA por Morales. La Virgen sostiene al niño Jesus, quien pone su pié sobre la cuna que tiene delante de sí, y con las manos quiere cojer unas frutas que le presenta S. Juan, volviendo la cabecita hácia la virgen como para descubrir si es de su agrado que las tome: santa Isabel se halla al lado de la Virgen y los cuatro forman un bellissimo grupo.

Tiene de alto nueve pulgadas y media de vara y de ancho seis y media.

Su precio 8 rs. se mandará franco de porte y perfectamente conservada.